

LA DÉCIMA VIDA DE BENEDICT ALLEN

Lina María Aguirre Jaramillo



FOTOGRAFÍAS: TWITTER @BENEDICTALLEN

A finales de 2017, el viajero y escritor Benedict Colin Allen (Cheshire, Inglaterra, 1960) estaba, otra vez, casi muerto. Había partido hacia Papúa Nueva Guinea en una expedición y, el 15 de noviembre, cuando tenía que haber tomado un vuelo hacia Hong Kong para dar una conferencia en la Royal Geographical Society, no apareció. Este hombre, reconocido por sus viajes intrépidos alrededor del mundo, que ha resistido ataques serios tanto con flechas como con armas de fuego; que lleva el cuerpo marcado con las cicatrices de un ritual de iniciación primitivo en el cual tuvo que demostrar que era más fuerte que un cocodrilo; con tatuajes que atestiguan una vida de heridas profundas que para él son apenas rasguños; que, en una travesía por el Amazonas, tuvo que comerse su propio perro en un acto extremo de sobrevivencia, y que dice tener “nueve vidas”, de pronto había desaparecido en la selva tropical durante una temporada extremadamente lluviosa, atrapado en medio de una guerra entre tribus que involucraba a los yaifo, aborígenes a quienes investigadores tienen como posibles *headhunters*, cazadores de cabezas: cortadas, recogidas y expuestas luego de abatir a los enemigos.

Antes de salir de viaje, Allen había publicado en su cuenta en Twitter un mensaje en el cual advertía que podría demorarse un tiempo en regresar y, entre paréntesis: “no traten de rescatarme, por favor, en donde voy a estar, en Papúa Nueva Guinea, ustedes saben, nunca me encontrarían”, mientras recalaba que no llevaría teléfono móvil ni satelital, sino que emprendería el camino “como en los viejos tiempos”, sin ningún dispositivo electrónico con GPS para localizar o ser localizado. Al cabo de tres semanas de haber perdido contacto con él, las noticias empezaron a aparecer en los medios, el mensaje en Twitter fue reproducido masivamente, su fotografía, que parecía hecha de prisa, mientras caminaba con su pesada mochila en la espalda, comenzaba a tener una carga adicional de significado. ¿Había anticipado Allen su final al pedir expresamente no ser rescatado? Algunos periódicos hablaban de la angustia de su esposa Lenka y sus tres hijos, desde su casa en Praga, República Checa. El *Daily Telegraph* consiguió unas declaraciones por parte de la hermana, Katie Pestille, en la ciudad inglesa de Bath. La señora Pestille estaba preocupada, pero también furiosa:

No pensamos que tenga un teléfono móvil y me hubiera gustado insistirle más en que lo llevara. No sé si él quería la “experiencia real” o qué [...]. Le vamos a hacer la vida un infierno cuando vuelva. No volverá a hacer esto otra vez, salir apresuradamente sin

llevar un equipo apropiado de comunicación. Para todos los demás son muy emocionantes todas sus expediciones y lo que él hace pero para una hermana y una esposa es espantoso [...] A los hijos no se les ha dicho que está perdido pero estoy segura de que se preguntan “¿cuándo volverá papá a casa?”.

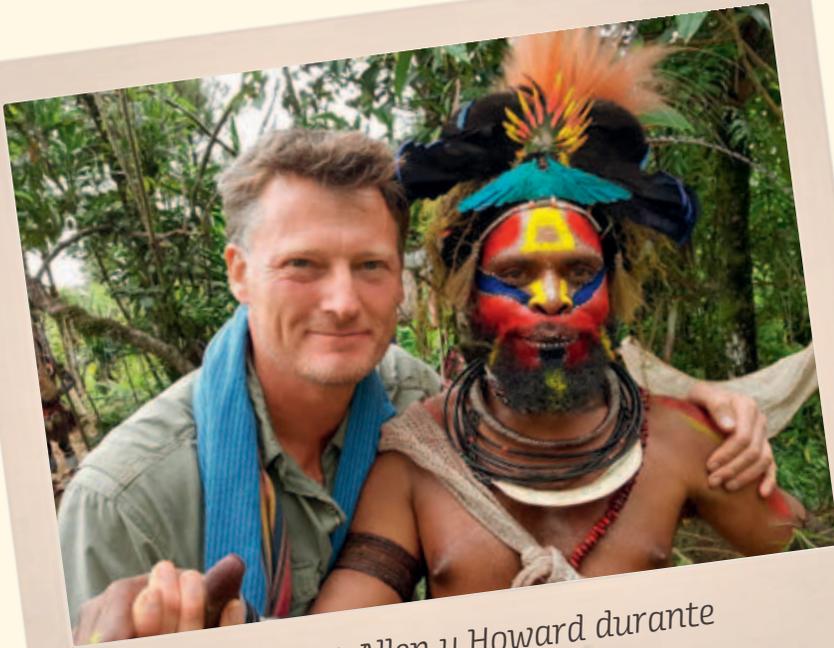
Bien, “papá”, al parecer, podría haberse extraviado en algún punto de la selva en Bisorio, en la región noroccidental de la cordillera central de Papúa Nueva Guinea, a donde había sido llevado en helicóptero tres semanas atrás, a finales de octubre.

El periodista y realizador Frank Gardner, corresponsal sobre seguridad en la cadena británica BBC, amigo de Allen, y compañero de algunas travesías, fue quien dio la primera señal de que se había conformado un equipo de búsqueda bajo la coordinación de Steven Ballantyne, un experto en este tipo de operaciones que tiene base en Hong Kong, con quien Allen ha trabajado en otros viajes y cuyo consejo en favor de llevar un dispositivo de rastreo satelital había sido claramente desoído. Gardner anunció que el viajero había sido visto remotamente y que se estaba apurando un vuelo de ayuda para rescatarlo. Allen fue ubicado y un helicóptero se aproximó hasta el sitio para llevarlo a un lugar seguro. Las primeras noticias indicaban que había contraído malaria y que estaba desorientado.

Al llegar a Londres, Allen concedió una entrevista con Gardner para el popular programa de radio *Today*. El periodista dijo que se le veía demacrado, ojeroso, un aspecto enfermo, aunque se le escuchaba desafiante. Sí, agradecía la preocupación y el alivio de muchos seguidores al constatarse que estaba vivo, pero insistía: “yo no estaba perdido y no necesitaba ser rescatado”. Aseguró que simplemente había aceptado subir al helicóptero por el bien de su familia. A pesar de la enfermedad, y de que no pudo tomar las tabletas para la malaria porque se mojaron completamente con la lluvia, decía con vehemencia: “yo sabía perfectamente en dónde estaba [...] El mismo día que apareció la misión, yo estaba preparándome para intentar

una salida. En mi cuaderno calculé que tenía un 80 u 85 por ciento de probabilidad de tener éxito. O sea que no me había rendido”. Reconoció, no obstante, que el viaje no estaba siendo fácil, y las cosas habían empezado a ir bastante mal: “Hubo enormes tormentas. Un puente de cuerdas que iba a usar para cruzar fue desbaratado, así que eso me detuvo el camino. Después empecé a sentir los síntomas de malaria. Mi toldillo para los mosquitos no estaba funcionando, no me pude hacer el tratamiento. Y luego, el último problema, descubrí que había una guerra más adelante en el camino... [unos grupos] estaban peleando y no podía salir de allí”. Cuando logró avistar una pista de aterrizaje lejana se dirigió hacia el sitio y, en esas, “apareció el helicóptero de la nada”. Pero si no hubiera sido así, él pensaba que hubiera podido igualmente buscar una forma de resguardarse.

En su sitio web personal, Allen ha criticado a algunos medios por “distorsionar” los hechos, exagerando su mal estado y dudando de sus habilidades para emprender este tipo de viajes. Ha prometido que escribirá todo el recuento de lo sucedido, pero mientras se recupera del todo (a la llegada no se sentía “muy agudo mentalmente”, aunque el cuerpo “estaba volviendo a tomar forma”) considera necesario aclarar algunas cosas que él no es, pese a lo que algunos medios hayan sugerido: no es un *amateur* jugando a ser Tarzán, adentrándose en una jungla para vivir aventuras; no estaba tratando de hacer algo extravagante para llamar la atención desesperadamente (mucha controversia en línea por parte de gente que dice que todo ha sido una puesta en escena para generar publicidad gratuita); no se arrepiente de no llevar un teléfono u otro equipo de comunicación y rastreo porque, según dice: “Para mí, de lo que se trata [el viaje] es de desaparecer en un lugar”, y, por último, tampoco es el tipo “neocolonialista” como lo tildan algunos: “Para mí la exploración no es acerca de conquistar, de plantar banderas [...]. Para mí no es acerca de afirmarse uno mismo sino lo contrario. Es acerca de ser vulnerable, de sumergirme. Y eso significa estar en el mismo nivel que la gente local, eso significa que no sea



Benedict Allen y Howard durante su viaje a Nueva Guinea

posible escapar en cualquier momento que a uno le apetezca porque se está sintiendo un poco enfermo [...]. Pero soy un profesional, soy un experto en sobrevivencia”.

No obstante, toda la cobertura mediática y el frenesí de la búsqueda han reavivado una discusión sobre hasta qué punto Allen es un aventurero y no más, un oportunista que ha conseguido hacerse a cierta celebridad televisiva, un nostálgico del imperio que pretende hacer antropología, o un viajero del siglo XXI con un deseo inagotable, e incorregible, de recorrer los sitios más recónditos del planeta, conocer las comunidades más aisladas, penetrarlas no para imponerles un modo de vida ajeno (o para visitarlas en misión cristiana como los muchos grupos evangélicos estadounidenses que viajan hacia Papúa), sino para integrarse en la medida de lo posible en sus costumbres y *modus vivendi* durante un tiempo, documentarlo al detalle, mientras hace, colateralmente, un homenaje a quienes son tenidos como los grandes viajeros de los siglos XVIII, XIX y parte del XX: arrojados, decididos, valientes, que si bien podían cargar en su equipaje un discurso

de prepotencia occidental o de racismo según determinadas circunstancias (como Richard Burton detestando a los africanos pero admirando a los árabes, por ejemplo), también cargaban una voluminosa capacidad física y mental para enfrentar condiciones extremas y peligros mortales.

En un artículo para el diario *The Guardian*, el 23 de noviembre 2017, la antropóloga y realizadora de televisión Mary-Ann Ochota retomaba las críticas hechas a Allen y la pregunta “¿cuándo es legítimo viajar hacia comunidades remotas?”. En el siglo XVIII, una agenda claramente colonialista dirigió los esfuerzos más notables para conocer, observar, describir

y explicar las comunidades distintas a las de los europeos blancos. Era el tiempo de la taxonomía que Carl Linnaeus, siguiendo la que hizo con otras especies, aplicó a las variantes geográficas de la especie humana, *Homo: Europaeus albus*: musculosos, sanguíneos, tenían inventiva y estaban gobernados por leyes; los *Americanus*, *Asiaticus* y *Africanus* eran, de otra parte, obstinados, alegres, astutos, engañosos, codiciosos, y estaban gobernados por costumbres, opiniones y caprichos, respectivamente.

En el siglo XXI, la agenda poscolonial también hace peso en las aproximaciones posibles entre las comunidades indígenas de una región y los visitantes foráneos, sean estos antropólogos, exploradores o turistas. ¿Quién tiene realmente el derecho de decidir cuál debe ser el único rol, la actividad y, en última instancia, el interés del visitante y de la comunidad visitada? Ochota misma dice que ya cuenta con algunas experiencias de viaje en las cuales el “turismo tribal explota más a los turistas buscando una ‘auténtica’ experiencia cultural que a los empresarios locales que ofrecen danzas, trajes tradicionales o chucherías” y termina diciendo que quizá, antes de criticar *per se* a Allen, sería posible

considerar que la comunidad que lo vio poco más de tres décadas atrás y con la cual él se lanzó atrevidamente a su brutal ritual de iniciación (que incluyó estar recluso durante seis semanas y recibir sesiones de golpizas como parte de las pruebas que debía resistir), pudiese querer verlo de nuevo, y, en general, que algunas comunidades que estaban completamente aisladas entonces hoy estuviesen dispuestas a aceptar visitantes temporales que les puedan proveer más medios económicos para su subsistencia y para sus actuales modos de vida.

Dilucidar el carácter de lo “auténtico” y los problemas del estudio etnográfico en la era del mundo globalizado e interconectado no es el tema presente aquí, pero sí es cierto que Benedict Allen encarna un tipo particular de viajero británico que hace eco de una larga tradición fundada en estas islas y que tiene hoy múltiples variaciones. En buena parte, su talante evoca al viajero del siglo XVIII que ganó un alto nivel de aceptación en Gran Bretaña, desde finales del siglo XVII, con la influencia del empirismo de la época. El texto *Essay Concerning Human Understanding* (1690), de John Locke, fue determinante para la propagación de la noción predominante de la consciencia humana como un libro en blanco en el cual plasmar conocimiento obtenido mediante los sentidos y las impresiones derivadas de la experiencia. Aquí, el viaje adquiere un renovado atributo como vehículo fundamental para la formación de dichas impresiones, como escribe James Buzard en el ensayo “The Grand Tour and After (1660-1840)”: después de la gran era del Renacimiento de exploración y expansión colonial, un empirismo sistemático hizo del viajar alrededor del mundo y ver lo nuevo y diferente casi una obligación para las personas preocupadas por la correcta adquisición de conocimiento. Básicamente, viajeros-escritores británicos estaban emprendiendo diversos tipos de travesías para enriquecer su experiencia y dar precisa cuenta de la misma. Pueden mencionarse nombres como Daniel Defoe, Henry Fielding, Tobias Smollett, Laurence Sterne, el célebre dúo del doctor Samuel Johnson y su acompañante James Boswell y, por supuesto, David Livingstone, que buscó la fuente del Nilo y murió en África de malaria y disentería, como apenas algunos de los nombres más insignes de la época.

En una entrevista reciente con la revista *Global Adventure*, Allen indicaba que su motivación al empezar sus expediciones adultas ha sido claramente la de vivir una experiencia tangible, con un objeto específico que incluye una metafísica. No ha sido la de buscar un “peregrinaje” al interior, auscultar su mente y publicar reflexiones. No es gratuito que cuando habla de sus “nueve vidas” las asocie, entre otras, con aquel cruce de 965 kilómetros del noreste amazónico a los veintidós años y, a punto de morir de hambre y malaria, tenerse que comer su perro, o haber hecho la primera travesía registrada de la cordillera central de Nueva Guinea, años atrás, y seguir el trayecto en canoa hacia Australia, naufragando con sus compañeros papuanos y teniendo que alimentarse solamente de moluscos adheridos a rocas, llamados lapas, o de haberse visto obligado a coserse el pecho herido, sin anestesia, usando su equipo para remendar las botas, cuando fue abandonado por los guías con quienes había acordado un recorrido en Sumatra. Sin olvidar cuando hizo su primer cruce de la cuenca del Amazonas en su punto más ancho, un viaje de 5.793 kilómetros, durante siete meses y medio, durante el cual fue perseguido por sicarios del criminal Pablo Escobar, quien estaba escondido en la región, que le dispararon. Allen se salvó al correr rápidamente y huir entre la selva.

“Nunca he divagado por ahí ni buscado respuestas espirituales. Muy tempranamente me di cuenta de que la exploración hoy en día es toda acerca de ciencia —que se ha vuelto más y más especializada— y también de ideas. De donde yo venía, había ideas. Mi trabajo era entonces retratar de una forma fresca los paisajes, y la clave para hacerlo era la gente local, que había sido ignorada o pisoteada por generaciones previas de exploradores”. Cuando habla “de donde venía”, se refiere a la universidad. Obtuvo un título en Ciencias Ambientales en la Universidad de East Anglia, en Inglaterra, y sacó la mayor nota en la tesis. Demostró que tenía el conocimiento del corpus teórico necesario, del cual también se ha nutrido su vida como viajero. Posteriormente, intentó obtener un segundo título, en Ecología, en la Universidad de Aberdeen, pero “fue un desastre”, en sus propias palabras. Quería salir pronto, lanzarse a la aventura, “vivir el sueño”.

Perdió el examen final y hasta allí llegó su vida académica, aunque no se ha distanciado del todo de los círculos ilustrados. Fue nombrado miembro del Consejo de la Royal Geographical Society en Inglaterra en 2010. Es autor de nueve libros, entre ellos: *Mad White Giant* (1985), *Into the Crocodile's Nest: Journey Inside New Guinea* (1987), *Through Jaguar Eyes: Crossing the Amazon Basin* (1994) e *Into the Abyss* (2006). Es el editor, además, de la excelente compilación *The Faber Book of Exploration: An Anthology of Worlds Revealed by Explorers Through the Ages* (2002). Sus series de televisión, para la BBC y National Geographic, le han dado mucha popularidad. Una de las mejores es *Travellers' Century* (2008), con una afortunada mezcla de historia, literatura y homenaje a algunos de los viajeros más importantes del siglo xx.

“Todos somos exploradores. Nuestro deseo de descubrir, y luego compartir el conocimiento recién encontrado es parte de lo que nos hace seres humanos [...] Con el paso del tiempo, hemos pensado en los exploradores como una raza peculiar, diferentes del resto de nosotros que apenas somos ‘bien viajados’”, escribe Allen en la introducción del *Faber Book*. Sí, quizá algunas personas estén mejor equipadas para aventurarse, pero él insiste en que un impulso propio, humano, es común a todos a quienes les interesa realmente escudriñar algo más allá de lo supuesto: “el artista o el poeta, el biólogo marino o el astrónomo - las fronteras de lo desconocido son puestas a prueba cada día”.

Con su particular vocación por el viaje como riesgo, cueste lo que cueste, Allen pone a prueba tales fronteras externas pero también las suyas, internas, íntimas, personales, las que delimitan su capacidad de resistencia física y mental,

la aceptación de la soledad, bien sea cuando se está apreciando cómodamente un atardecer exquisito o cuando se está solo, enfermo y en grave peligro. A pesar de considerarse más inclinado hacia lo “artístico que hacia lo científico”, y de reconocer en ciertas experiencias un posible efecto espiritual (por ejemplo, tras kilómetros de andar un desierto, su carácter no es el de otros escritores británicos que han hecho de sus viajes una ocasión para recuentos existenciales, líricos o de indagación emocional), lo suyo es salir pronto, con su navaja suiza (siempre de mango blanco para verla mejor en la oscuridad, nunca rojo porque puede atraer ataques letales), papas extra (porque le rinden mucho) y terminar tomando parte en una danza con una tribu que vive, desde tiempos inmemoriales, en algún apartado lugar del planeta.

En una entrevista para *Lonely Planet*, Allen hacía memoria de su primer recuerdo de viaje: la infancia, la familia, él con unos ocho años acampando en Francia durante las vacaciones. Entre las tiendas, los niños jugaban, y él buscaba escorpiones. “Todo muy idílico”. Su padre, un piloto que fue instructor del príncipe Felipe, el consorte de la reina Isabel, le inculcó el deseo y la confianza por



Benedict Allen en compañía
de sus amigos Eka y Peter

la aventura. Su madre se preocupó por su incapacidad para tener un “trabajo serio” durante unos años, pero conoció bien el ánimo irreprimible del hijo que por primera vez documentaría un viaje por el desierto de Namibia (en la costa de los Esqueletos) con tres camellos; que cruzaría también el desierto Gobi solo, a pie, con unos cuantos camellos recorriendo cuarenta y ocho kilómetros al día; que haría una caminata en Siberia con un grupo de perros durante “el peor invierno en la historia”, como entrenamiento para una travesía solitaria del Estrecho de Bering. O que, luego de escapar a los sicarios del Amazonas, sería engañado por los guías que le cortarían el puente de maderos construido sobre el río, y lo abandonarían después de robarle todas las provisiones.

A todo esto, y a su reciente “rescate sin estar perdido” en Papúa, ha sobrevivido Benedict Allen, a quien, no obstante, a finales de 2017 le esperaba la misión de reencontrarse con su familia, la que había pasado tan angustiosas semanas temiendo por su vida y recriminándole su negativa a llevar equipos de comunicación. Al final de la entrevista con Gardner en la BBC, el hombre que, con sangre, ha enfrentado la muerte en múltiples ocasiones, y que encuentra en la antología *Book of Utopias* su mayor inspiración, reconoció que lo primero que necesitaba antes del encuentro con la esposa era buscar un “muy buen florista”. Hacer unas buenas paces, por lo menos antes de fraguar el próximo viaje y enfrentar el gran dilema de cargar un GPS versus viajar incomunicado persiguiendo una vez más su ideal: la exploración como una forma de desaparición. **U**

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Escribe para distintos medios en Colombia y España. Autora del libro *Por curiosidad - Artículos periodísticos* (2016).

Referencias

- Allen, B. (ed.) (2004). *The Faber Book of Exploration*. Londres: Faber & Faber.
- (2017). Entrevista - *Global Adventure Magazine*, <http://www.benedictallen.com/interview>
- Bastok, L. (2017). Meet a Traveller: Benedict Allen, Ultimate Explorer and Survival Expert. *Lonely Planet*, <https://>

www.lonelyplanet.com/travel-tips-and-articles/meet-a-traveller-benedict-allen-ultimate-explorer-and-survival-expert/40625c8c-8a11-5710-a052-1479d2768cfd

- Buzard, J. (2002). The Grand Tour and After (1660-1840). En *The Cambridge Companion to Travel Literature*. Cambridge: Cambridge University Press: 37-52.
- Carey, J. (ed.) (2000). *Faber Book of Utopias*. Londres: Faber & Faber.
- Hulme, P. y Youngs, T. (2002). *The Cambridge Companion to Travel Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- “I was not lost and did not need to be rescued”. *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/world/2017/nov/21/explorer-benedict-allen-i-was-not-lost-and-did-not-need-to-be-rescued>
- Ochota, M. (2017). “What’s the difference between explorers, anthropologists and tourists?”. *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/science/2017/nov/23/explorers-anthropologists-tourists-benedict-allen>
- Sawer, P. y Squires, N. (2017). “Family of British explorer lost in Papua New Guinea berates him for not taking mobile phone on trip”. *The Telegraph*, <http://www.telegraph.co.uk/news/2017/11/15/family-british-explorer-lost-papua-new-guinea-berates-not-taking/>
- Weaver, M. (2017) “Benedict Allen rescued with suspected malaria in Papua New Guinea”. *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/world/2017/nov/17/benedict-allen-rescued-suspected-malaria-papua-new-guinea>

Fe de errores

En el artículo “De Wittenberg a Westminster, una historia de la Reforma”, de la autora Lina María Aguirre, publicado en la edición N.º 331, se presentan los siguientes errores:

- En la página 69 aparecen entre paréntesis las fechas “1944” y “1948”. Estas fechas son 1544 y 1548, respectivamente.
- En las páginas 70 y 71 no aparecen indicadas dos citas que son palabras textuales del profesor MacCulloch, declaraciones brindadas en una entrevista con la autora del artículo. Estos errores fueron corregidos en la versión digital del artículo, que se encuentra en nuestra página web www.udea.edu.co/revistaudea